

Dámaris ROMERO GONZÁLEZ – Israel MUÑOZ GALLARTE (eds.), *Historia de los monjes egipcios. Introducción, traducción y notas*, Córdoba, Asociación de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades, 2010, 191 pp.

La *Historia de los monjes egipcios* es el relato del viaje que siete monjes emprendieron a la Tebaida egipcia entre los años 394-395, con el fin de contactar allí con los numerosos eremitas y monjes que habitaban los desiertos de aquellas tierras. La idea era redactar a partir de entrevistas personales con los monjes más ilustres del lugar una serie de retratos hagiográficos con finalidad ejemplarizante, destinados a los hermanos de la comunidad del Monte de los Olivos, de donde salieron, y por extensión a los fieles cristianos de entonces. Este se supone que es el trasfondo histórico de la obra que ahora presentamos, *Historia de los monjes egipcios*, de D. Romero González e I. Muñoz Gallarte.

El interés de esta obra radica en la importancia que en su momento tuvo el movimiento de los «Desert Fathers» (en su denominación inglesa), uno de cuyos primeros y más ilustres representantes fue Antonio el Grande, en la orientación del cristianismo primitivo. Más tarde, las comunidades monásticas que se desarrollaron en el desierto pusieron las bases del monaquismo cristiano, tanto oriental como occidental. Incluso muchos de los movimientos pietistas que se han ido desarrollando a lo largo de la historia del cristianismo hunden sus raíces en aquellos padres del desierto.

La que ahora presentamos es la primera traducción española de una obra anónima, aunque se ha discutido mucho acerca de su autoría¹, redactada originalmente en griego, de la que Rufino de Aquilea hizo la versión latina, que luego fue criticada por san Jerónimo por razones personales.

Para su traducción, los autores se han servido de la edición francesa de A.J. Festugière, *Historia monachorum in Aegypto*, Subsidia Hagiographica 53, Bruxelles, 1961, no habiendo tenido en cuenta la otra versión a una lengua moderna, la inglesa de N. Russell y B. Ward, *The Lives of the Desert Fathers*, Oxford, 1981.

Aunque se haya tomado como punto de partida la edición francesa, cuyo texto griego han intentado seguir con la mayor fidelidad posible, para facilitar la comprensión del mismo, los autores no han dudado en introducir algunas pausas que no se encontraban en el texto de Festugière². Por otra parte, la traducción de las numerosas

¹ Habiéndose manejado tres nombres fundamentalmente: Rufino de Aquilea, que fue el fundador del monasterio de donde salieron los monjes y el redactor de la versión latina de la *Historia Monachorum* (como ya hemos indicado más arriba); Timoteo, obispo de Alejandría, que murió mucho tiempo antes de que sucedieran algunos hechos históricos narrados en el relato; e incluso S. Jerónimo, adscripción ésta más debida al respeto que se profesaba hacia el escritor y Padre de la Iglesia que a razones objetivas. Es más, el propio S. Jerónimo se la atribuye a Rufino. Al final, la falta de pruebas irrefutables nos obliga a seguir considerándola anónima.

² Según indican los autores (p.38), han convertido en oraciones subordinadas muchos de los participios del original; se han traducido por pretérito perfecto castellano muchos de los presentes e imperfectos griegos por razones contextuales; y los nombres griegos del original se han conservado, dándose en nota al pie su equivalencia actual, siempre que ha sido posible.

citas bíblicas del texto original se ha tomado de la versión Reina-Valera (Nashville-Camdem-New York, 1960) y del *Nuevo Testamento* de Juan Mateos (Córdoba, 2001).

En cuanto al análisis de la obra, la traducción de la *Historia de los monjes egipcios* abarca las páginas 39 a 171. El texto en sí mismo se compone de un prólogo, en el que el anónimo autor expone los motivos que le llevaron a realizar la obra, entre los que destaca fundamentalmente el encargo que recibió de la comunidad del santo Monte de los Olivos, monasterio éste fundado por Rufino de Aquilea. Además, expresa su alegría por tener el privilegio de escribir este relato, tarea de la que se considera indigno. Según él, su fin último es que las enseñanzas extraídas de su encuentro con los monjes sirvan para adoctrinar a los fieles.

Vienen a continuación veintiséis capítulos en los que se narran las sucesivas entrevistas que el grupo de siete monjes tuvo con otros tantos anacoretas de la Tebaida egipcia. Aunque la mayoría de los capítulos lleva el nombre del anacoreta entrevistado, hay uno, el cap.5, cuyo título alude a un lugar geográfico, en concreto, a Oxirrincó, ciudad famosa por sus numerosos monasterios e iglesias.

Según el autor del relato, estos monjes del desierto son personas humildes, servidores de Dios, que piensan que no precisan más que la ayuda divina para poder valerse por sí mismos, sin necesidad de otros seres humanos. Viven esperando la segunda y definitiva venida de Cristo. Practican el celibato, rechazan la comida, la bebida y los deseos en general, ya que se alejan de toda vida terrenal. Además, se les atribuye el cumplimiento de prodigios maravillosos.

Esta descripción general del anónimo autor se confirma en el retrato que se hace de cada uno de los anacoretas entrevistados. Como botón de muestra, vamos a detenernos en tres de estos personajes, fijándonos especialmente en las enseñanzas morales que de sus vidas podían extraerse.

El cap.1 (pp.41-71) es el dedicado a Juan de Licópolis, un eremita que vivía en una cueva de esta región. Tenía noventa años y en toda su vida no había conocido mujer. Entrando en el terreno de lo maravilloso, se cuenta que, a pesar de las insistencias de la esposa de un tribuno que deseaba verle, Juan se negó rotundamente y respondió al tribuno que su mujer le vería aquella misma noche en sueños. En efecto, de este modo ocurrió y así aquella insistente mujer vio satisfechos sus deseos (§§ 4-9, pp.49-50). Además, era conocido por poseer el don de la profecía, como demostró al descubrir la condición de diácono de uno de los siete monjes que le visitaron, a pesar de que el susodicho no había querido desvelar su condición por considerarse indigno de tal honor (§§ 13-15, pp.52-53).

De este eremita, el anónimo autor destaca su humildad y su condición de sanador, y lo considera un ejemplo para todo buen cristiano por sus grandes virtudes y principios.

El cap.8 (pp.84-105) trata la figura de Apolo, fundador de una comunidad de 500 hombres (§§ 18-19, pp.91-92), que habitaba en los límites de Hermópolis, en la Tebaida. Llegó a ser muy célebre por realizar muchos milagros y numerosos prodigios. Tal era su fama que monjes de todos los lugares acudían a él como si de un padre se tratara y le ofrecían sus propias vidas como regalo (§ 8, p.87). Instaba siempre a sus discípulos a ser ante todo humildes y cultivar las virtudes (§§ 14-15, pp.89-90). Ade-

más, intervenía activamente en las disputas rurales y problemas cotidianos de los pueblos autóctonos, aportando su sabiduría y sus enseñanzas para resolver los conflictos que se le presentaban (§§ 21-37, pp.92-98).

El tercer y último ejemplo es el del padre Patermucio (cap. 10, pp.110-120). Según el anónimo autor, este monje «fue caudillo de ladrones, profanador de tumbas de paganos y conocido por su maldad» (§ 3, p.110), y gracias a una visión divina se convirtió en seguidor de Cristo. A Patermucio se le atribuyen, además de los clásicos milagros entre los monjes del desierto (§§ 6-19, pp.110-115; §§ 30-32, pp.118-120), una serie de hechos prodigiosos, tales como andar sobre las aguas, volar, haber probado los frutos del paraíso, etc., todo ello narrado por el propio entrevistado al grupo de siete monjes (§§ 20-24, pp.115-117).

La obra termina con un epílogo que ocupa las páginas 169-171, en el que el autor concluye diciendo que, aunque han conocido a muchos monjes ilustres, quedaban aún muchos otros a los que no pudieron entrevistar por su gran número y por toda la serie de penalidades que tuvieron que afrontar durante el viaje³.

La obra se cierra con una amplia bibliografía (pp.173-178) y el habitual índice de nombres propios de autores, geográfico y onomástico (pp.179-186), además de uno de citas bíblicas (pp.186-190).

Asimismo, queremos poner de relieve el abundante aparato de notas al pie, que permiten aclarar ciertos pasajes oscuros del texto y, sobre todo, identificar las citas bíblicas que tanto abundan en el original.

Para concluir, queremos poner de relieve la gran aportación que supone el trabajo de Romero González y Muñoz Gallarte, al poner a disposición de los lectores españoles una obra, como la *Historia de los monjes egipcios*, perteneciente al género hagiográfico, que nos permite conocer de primera mano el modo de vida y la altura moral de unos hombres que, cansados del rumbo que la Iglesia cristiana del siglo IV estaba tomando tras su tácita alianza con el Imperio, decidieron huir a la soledad de los desiertos egipcios para conservar las esencias de su fe.

Delia MACÍAS FUENTES
Universidad de Málaga

Enrique MONTERO CARTELLE, *Tipología de la literatura médica latina: Antigüedad, Edad Media y Renacimiento*, Oporto, Fédération Internationale des Instituts d'Études Médiévales, 2010, 243 pp.

Este estudio se enmarca en el grupo de investigación *Speculum medicinae* de la Universidad de Valladolid, del que el autor, Enrique Montero Cartelle, catedrático de

³ Enumera ocho situaciones en las que estuvieron al borde de la muerte y recuerda que, al igual que le ocurría ya a Job («Siete veces te destruí por necesidades, y en la octava no te tocará mal»), Dios los salvó a la octava ocasión, dejándolos escapar de una muerte segura a manos de unos cocodrilos que encontraron en su camino.